

mundo? dice; y se apoya en la balaustrada, cerca de él, queriendo saber lo que le preocupa.

—Nada, nada, contesta.

Pero luego, interrogado y apretado, añade:

—Pues hay... Hay que estoy ya harto de esta vida y de reventar de hambre. Siempre pagarés y protestos. Abro un agujero para tapar otro. ¡Estoy harto, y no puedo más, no!

Del salón llegan grandes gritos, locos aullidos, y la voz falsa de Valerio, el director de la Danza, que hace imitar á Dea un baile de estilo antiguo:

—Un movimiento, dos pasos de danza. El Amor meditando un robo...

—¿Qué te hace falta? murmura la madre temblando.

Jamás le había visto así...

—No, es inútil. No podrías. Es demasiado. La madre insiste.

—¿Cuánto?

—Veinte mil francos, en casa del procurador mañana antes de las cinco, sin lo cual embargo y venta, y una serie de miserias que antes que sufrirlas...

Y mordiendo con rabia el cigarro y las palabras, exclama:

—Sí: antes me salto la tapa de los sesos...

—¡Cállate, calla! Mañana antes de la una.

Y dos manos amantes y furiosas taparon la boca de Pablo, como para arrancar ó volver á meter dentro aquella terrible palabra de muerte.

VI

No durmió en toda la noche la pobre madre con la punzante idea de los veinte mil francos metida en el cráneo.

¡Veinte mil francos! ¿Dónde hallarlos? ¿A quién escribir? ¡Y en tan poco tiempo! Nombres y fisonomías pasaban relampagueando, atravesando un momento el resplandor azul que en el techo producía la lamparilla, para desvanecerse y ceder el sitio á otros nombres y á otras caras que desaparecían con igual rapidez.

¡Freydet! Acababa de servirse de él. ¿Samy?

Hasta que se casara no tendría un céntimo... Además, ¿es que se piden así como así veinte mil francos prestados? Y, sobre todo, ¿hay quien los dé?

Quizá ese poeta de provincia...

En París, en la *Sociedad*, el dinero juega un papel oculto. Se supone que se anda y se vive por encima de estas miserias, como en las comedias distinguidas. Faltar á esa convención tácita sería salirse de la buena compañía, de la sociedad...

Y en tanto que la señora Astier soñaba á través de la fiebre la ancha espalda del marido se hinchaba al compás de su respiración igual, á su lado. Era una de las tristezas de aquella soledad de dos en compañía, aquella cama llanamente compartida, y en la cual dormían treinta años hacía, sin tener de común más que las sábanas. Pero nunca la indiferencia de su aburrido compañero de lecho le había sublevado é indignado tanto.

¡Despertarle! ¿Y para qué? ¡Hablarle del hijo y de su amenaza terrible! Ni le creería, ni siquiera volvería la enorme espalda, bajo la cual se abrigaba como en una garita. Cruzó un instante por su mente la idea de echarse encima, de darle fuertes puñetazos, de arañarlo y gritar en voz recia, que le arrancase á ese sueño de egoistón:

—¡Leonardo, arden tus archivos!

Y esta idea de archivos cruzó de pronto por su cabeza; poco faltó para que no saltara de la cama. ¡Había hallado los veinte mil francos! Estaban arriba, en el armario. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Y hasta que amaneció, hasta el último chisporroteo de la lamparilla, estuvo combinando el asunto, inmóvil, tranquila; lucía en sus ojos abiertos una mirada de ladrona.

Vistióse temprano, y toda la mañana anduvo por la habitación espiando á su marido, que primero habló de marcharse, pero que luego cambió de parecer, y repartió su tiempo hasta la hora del almuerzo; Leonardo iba y venía de su gabinete al camaranchón, los brazos llenos de papeles, vivo y alegre, y demasiado rudo para comprender la inquietud nerviosa que cargaba la atmósfera de la estrecha casa, agitaba los muebles y electrizaba las puertas.

Tranquilizado por su trabajo, charló por los codos en la mesa, contó necias historias, que ella se sabía de memoria, y tan interminables como su ocupación de hacer migajas con el cuchillo la eterna corteza del queso de Auvernia,

y volvía á coger el queso, añadiendo anécdota sobre anécdota. ¡Y qué pesado estuvo para ir al Instituto, y eso que el día aquel estaba señalado para la Comisión del Diccionario! ¡Y cuánto tiempo gastó en mil pequeños detalles, á pesar del deseo de su mujer de hacerle ir más de prisa y echarle fuera cuanto antes!

En cuanto Leonardo hubo dado la vuelta á la calle de Beaune, su mujer cerró la ventana y corrió á la cocina.

—¡Pronto un coche! dijo á Corentina.

Y sola, al fin sola, se lanzó por la escalera de los archivos.

Bajando la cabeza por lo bajo del techo, probó las llaves del llavero en el armario, y viendo que resistía, trató de hacer saltar la cerradura, pero sus manos se cansaban: se rompía las uñas: necesitaba una palanca, un objeto cualquiera. Pero se le ocurrió abrir el cajón de la mesa y aparecieron las tres cartas de Carlos V que buscaba, arrugadas y amarillas. ¡Hay milagros! Apoyada en la vidriera de la ventana se cercioró de que era lo que buscaba. *A Francisco Rabelais, maestro en todas las ciencias y las buenas letras.* No leyó más; irguióse, y se dió un

golpe en la cabeza con el techo, pero no lo notó hasta que estuvo en el coche que le llevaba á la calle de l'Abbaye.

Bajó á la entrada de la calle. Calle corta, tranquila, amparada por la sombra del prado de Saint-Germain y los rojos ladrillos de los pabellones de la Escuela de Cirugía, á cuya puerta esperaban algunas berlinas con la suntuosa librea de los señores profesores. Pocos transeuntes: tan sólo algunas palomas que revoloteaban por la acera y que elevaron su vuelo cuando pasó la señora Astier. Ésta se detuvo ante el almacén, medio librería y medio almacén de curiosidades que ostentaba precisamente enfrente de la Escuela, un arcaico letrero: *Bos, archivero paleógrafo*, muy bien puesto en aquel rincón del París viejo.

A la entrada había de todo: manuscritos viejos, libros grandes con la pasta picada por la polilla, misales antiguos que habían sido dorados, cierres de devocionarios; y pegados en los vidrios de los escaparates, asignados, anuncios viejos, planos de París, romances, bonos militares con manchas de sangre, autógrafos de todas las épocas, una poesía de Mad. Laforgue; dos

cartas de Chateaubriand á su zapatero Pertu-
se, y firmas de celebridades antiguas y moder-
nas al pie de invitaciones para comer ó de peti-
ciones de dinero y confesiones amorosas de esas
que hacen perder las ganas de escribir. Los au-
tógrafos llevaban marcado el precio, y la señora
Astier pudo ver, al lado de una carta de la Ra-
chel, tasada en 300 francos, un billete de Leo-
nardo Astier-Rehu á su editor Petit-Sequard:
dos francos y medio.

Pero no era esto lo que ella buscaba tras la
cortina de seda verde que ocultaba la tienda y
el perfil del paleógrafo archivero, su hombre.
Se le ocurrió una idea terrible: si estuviese
fuera....

La idea de que su Pablo esperaba le hizo en-
trar en lo oscuro, en el espacio cerrado y pol-
voriento de la tienda: é introducida de golpe
en la trastienda del fondo, trató de explicar al
Sr. Bos, hombre grande, rojo y melénudo—
cabeza de orador de *meeting*—su penuria mo-
mentánea, y por qué su marido no se había de-
cidido á venir personalmente.

No le dejó acabar de mentir toda la historia.

—¿Cómo no, señora?

Y en seguida, un *cheque* contra el Crédito
Lionés, y mil atenciones y saludos hasta que la
dejó en el coche.

—Es una mujer muy distinguida, pensó el
librero, encantado con su adquisición, mientras
ella, abriendo el *cheque* que había guardado den-
tro del guante, y releyendo la feliz cifra, pensaba:

—¡Qué hombre más fino!

Por lo demás, no sentía el menor remordi-
miento, ni siquiera el ligero sobresalto que si-
gue á una mala acción: las mujeres no sienten
esto, dominadas por el deseo que las tortura;
en un momento dado llevan unas gafas ahuma-
das naturales que no les dejan ver lo que hay á
su alrededor y las ahorran las reflexiones que
acompañan al hombre en sus actos decisivos.

De vez en cuando pensaba en la cólera de su
marido cuando supiera el robo; pero esto se le
presentaba muy lejos, muy confuso; en el fondo,
quizá saboreaba el placer de añadir esta prue-
ba más á los terrores que le abrumaban desde
la noche anterior.

—¡Todo esto, pensaba, me cuesta más mi
hijo!

Y es que bajo su exterior tranquilo y la capa

de vida elegante y académica, latía en ella lo que late en todas desde que el mundo es mundo: la pasión. No siempre el marido encuentra este pedal que pone en movimiento todo el teclado femenino: el mismo amante á veces no da con él; el hijo, siempre. En la triste novela sin amor que constituye la historia de tantas mujeres, el hijo es el héroe y protagonista.

A su Pablo, sobre todo desde que era ya hombre, debía la señora Astier las solas emociones verdaderas de su vida, la agonía deleitosa de la espera, la palidez, el frío, el fuego en las palmas de las manos, la natural intuición que hace exclamar, sin engañarse:—«Ahí está,» cuando se pára un coche: todas las cosas ignoradas por ella hasta en aquel tiempo en que el mundo la trataba de ligera y Leonardo Astier decía muy tranquilo:

—¡Es raro! ¡Yo no fumo, y mi mujer siempre huele á tabaco!

¡Y qué inquietud cuando llegó á la calle Fortuny y quedó sin contestación el primer campanillazo! Cerrado y mudo bajo su gran techo de cinc, el hotelito Luis XII, que tanto alababa, parecióle de pronto siniestro, y no menos sinies-

tra la casa de vecindad, también estilo Luis XII muy marcado, ostentando en los dos cuartos de arriba los letreros: *¡Se alquila! ¡Se alquila!*

Al segundo campanillazo, impaciente y tembloroso, Stenne, el criado, bien vestido con su librea azul celeste, apareció en el dintel muy embarazado y tartamudeando la contestación:

—Desde luego... está el señorito; pero...

La infeliz madre, perseguida desde la noche anterior por la idea de una catástrofe, imaginóse á su hijo ensangrentado y agonizante. De un salto cruzó el corredor y los tres escalones del salón-estudio, y entró sofocada.

Pablo trabajaba junto á su alta mesa, al lado de una magnífica vidriera que iluminaba su trabajo de lavado; tenía abierta la caja de acuarelas, mientras que el fondo de la habitación se perdía en una medio oscuridad perfumada y voluptuosa. Parecía absorto en su trabajo, como si no hubiese oído al coche detenerse y luego los dos campanillazos, seguidos de un rápido cruzir de faldas por el corredor.

Pero no era el pobre traje negro de su madre el que esperaba, ni para ella había preparado los ramos de grandes flores, iris y tulipanes, y

sobre la mesita inglesa una caja de dulces y frasquitos perfumados.

Al volverse, exclamó:

—¡Ah, eres tú!

Cualquiera otra mujer que no fuese su madre, le hubiera comprendido en seguida.

Pero la pobre mujer no se fijó en esto, deslumbrada al verle allí, enfrente de ella, correcto y hermoso, y vivo, muy vivo. Sin hablar, desabotonó el guante y tendió el *cheque* con aire triunfal.

No preguntó Pablo de dónde venía el dinero, ni lo que le había costado; abrazóla tiernamente, cuidando de no arrugar el papel.

—¡Ah, mamita! dijo.

Y no hubo más; pero ella se tuvo por pagada, á pesar de notar en su hijo cierto embarazo, en lugar de la gran explosión de alegría que esperaba.

—¿Dónde vas luego? preguntóla Pablo distraído, con el *cheque* en la mano.

—¿Luego? dijo.

Y le miró con tristeza.

Acababa de llegar, y pensaba pasar un buen rato con él; pero, en fin, si esto le molestaba...

—¿Dónde voy? A casa de la Princesa; pero no hay prisa: ¡es tan aburrida! ¡Siempre llorando á su Heriberto! Parece que ya no se acuerda, pero de pronto vuelve á empezar.

En los labios de Pablo flotó algo que no dijo.

—Bueno, mamita; hazme un favor. Espero á alguien... Ve á cobrar esto y á recoger mis pagarés en casa del procurador. ¿Quieres?

¡Si quería! Ocupándose en sus cosas estaría más tiempo con el hijo. Y mientras éste firmaba, su madre se fijaba en el estudio lleno de tapices y telas, en el cual, fuera de una X de viejo nogal y algunos yesos clásicos colgados aquí y allí, nada revelaba la profesión del dueño. Pensó en sus angustias de pocos momentos antes, y los ramos y el *lunch* servido junto al diván le hicieron pensar que eran éstos unos singulares preparativos de suicidio.

Sonrióse sin el menor rencor. ¡Ah, tunante! pensó; pero contentóse con indicar con la sombrilla la caja de dulces.

—Esto es para hacerte saltar la... ¿cómo decías?

Pablo se echó á reír.

—¡Oh! Todo ha cambiado desde ayer. Mi negocio, ya sabes, el gran negocio de que te hablé... ahora me parece que marcha.

—Hombre, lo mismo que el mío.

—¡Ah, sí! Samy, el matrimonio.

Los bonitos ojos falsos de los dos, de un color gris parecido, un poco descolorido en la madre, se escudriñaron un instante. Al fin, Pablo dijo:

—Ya verás cómo seremos muy ricos.

Y empujándola hacia afuera, añadió:

—Anda, vete, vete.

Por la mañana, una cartita de la Princesa había advertido á Pablo que pasaría á recogerlo para ir al Père-Lachaise. ¿Volvería á empezar con el muerto, como decía la señora Astier? Dos veces á la semana la viuda llevaba flores y hachas al cementerio, y reclinatorios para la capilla. Vigilaba á los obreros y les daba prisa. Era una verdadera recrudescencia de fervor conyugal.

Después de larga y penosa lucha entre su vanidad y su amor, entre la tentación de seguir siendo Princesa viuda y el encanto fascinador del

delicioso Pablo Astier, lucha tanto más cruel cuanto que no daba cuenta de ella más que al pobre Heriberto en el diario, de pronto el nombramiento de Samy la había decidido. Y parecióle conveniente, antes de tomar un segundo marido, enterrar al primero definitivamente y acabar con el mausoleo y la peligrosa intimidad del seductor arquitecto.

A Pablo Astier le divertían esas trepidaciones de alma sobresaltada, sin comprenderlas; veía en ellas un síntoma excelente; la suprema crisis de las grandes resoluciones. Pero tenía prisa, y esto duraba mucho: había que precipitar los acontecimientos y aprovechar la visita, tan esperada y tantas veces aplazada, de Colita, que no parecía sino que, á pesar de su curiosidad por conocer la instalación de Pablo, temía la entrevista, que había de resultar más íntima que en su propio hotel ó en su cupé, siempre vigilada por su servidumbre. No es que él se hubiese mostrado atrevido; al contrario, era lo más respetuoso y atento que cabía imaginar; pero es que la Princesa tenía miedo de sí misma, dando en esto la razón al joven impertinente, que, profundo estratégico en cosas amorosas, la

había clasificado desde luego como plaza abierta, que es como él llamaba á las mujeres de mundo muy defendidas y guardadas, en apariencia, por arriba y por abajo, por el río y por el monte, situadas en una altura, é inabordables, pero que en realidad caen al primer intento.

No pensaba, sin embargo, dar el asalto en seguida, sino estrechar un tanto las paralelas; con una ó dos horas de intimidación tendría bastante para marcarla con su sello sin humillarla, fijar definitivamente el desahucio del difunto, y luego... el matrimonio y los treinta millones. Estos eran los ensueños agradables que la señora Astier había interrumpido, y á que volvió á entregarse su hijo, junto á la misma mesa, en la misma actitud de meditación: de pronto un nuevo campanillazo resonó: rumor de conversación...

Pablo, impaciente, abrió la puerta.

—¿Qué pasa?

Un lacayazo, vestido de negro, destacándose sobre la calle lluviosa, le respondió de lejos, con respetuosa insolencia, que la señora Princesa aguardaba al señor en el coche.

Pablo, medio ahogándose de ira, tuvo ánimo para gritar:

—¡Voy en seguida!

Pero ¡cuánta rabia y qué innobles injurias tartamudeó contra el difunto, el condenado difunto, cuyo recuerdo, sin duda, la había retenido en el coche! Pero luego la idea de un desquite, probablemente muy próximo y no poco divertido, le tranquilizó, y salió tan frío y correcto como de costumbre: la cólera apenas le había dejado alguna palidez en las mejillas.

El cupé estaba muy templado, y había habido que levantar los vidrios por el repentino chubasco. Grandes ramos de violetas y coronas pesadas como tortugas llenaban el coche y la falda de la señora de Rosen.

—¿Le incomodan á usted las flores? ¿Quiere usted que abra? preguntó Colita con el mimo hipócrita de la mujer que acaba de jugarle á uno una mala pasada, pero que, sin embargo, quiere que continúen las amistades.

Pablo hizo un gesto evasivo muy digno: que estuviese abierto ó cerrado, le era igual.

La Princesa, dorada y rosada, á través de su velo de viuda con que se cubría los días de ce-